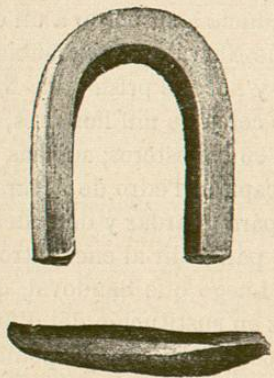


ciudad, apoderóse en pocos instantes de las armas é hizo que el sorprendido Narváez se encerrase en un templo de los destinados á los sacrificios. Dentro de él tuvo lugar un reñido combate, que terminó muy pronto á causa de haber caído Narváez prisionero después de experimentar la pérdida de un ojo. En cuanto cundió la noticia de este suceso terminó la resistencia, y sin vacilar pusieronse los soldados de Narváez á las órdenes de Cortés. Al aparecer éste delante de su contrario herido, Narváez no pudo contenerse y le dijo: «Señor, tenéis verdadero motivo de dar gracias al cielo por semejante victoria.» A lo que contestó Cortés con legítimo orgullo: «Seguramente que doy gracias á Dios por ello, pero podéis estar convencido de que la victoria obtenida sobre vos la considero como la más insignificante de mis hechos de armas en esta tierra.»

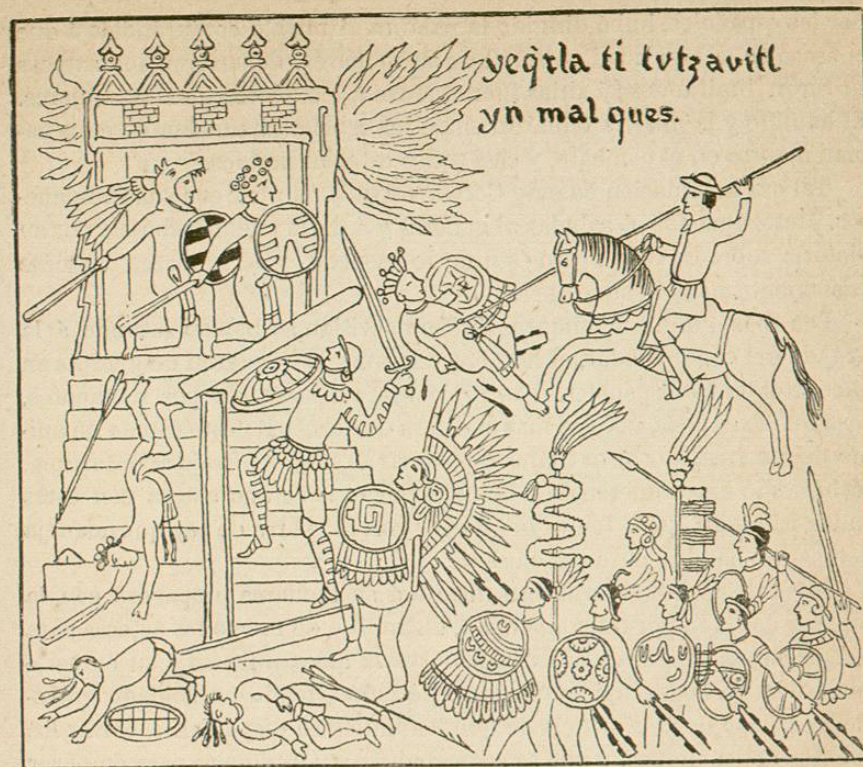
Para Cortés era la victoria de tanta más importancia por haber obtenido con ella su pequeño ejército un aumento de 1.300 hombres, entre los que se hallaban 90 jinetes, 80 mosqueteros y otros tantos ballesteros.

Otra desagradable noticia turbó su alegría. Dos tlascaltecas fueron á decirle que tanto la ciudad de Tenochtitlán como sus alrededores se habían sublevado, y que Pedro de Alvarado y sus compañeros habían sido presos y encerrados; que había muchos heridos, y que por lo tanto se apresurase á ir en su auxilio para salvar lo que pudiera.

A marchas forzadas se dirigió Cortés hacia aquel punto, fortaleció su hueste en Tlascala con 2.000 combatientes indígenas, y el 24 de junio del año de 1520 presentóse de nuevo ante la ciudad.



Yugo de piedra y cuchillo de obsidiana
Existentes en el Museo de Instrucción Pública de Berlín



Asalto del gran Teocalli de Tenochtitlán
(De una pintura de aquella época hecha por Lienzo de Tlascala)

CONQUISTA DE TENOCHTITLÁN

¡Cuán distinto aspecto presentaba ahora Tenochtitlán, comparado con el que ofrecía cuando entraron en ella por vez primera los españoles! Las calles estaban desiertas y nadie salió á darles la bienvenida; un silencio imponente se había apoderado de toda la ciudad.

La causa del alboroto había sido una sangrienta hazaña de Alvarado, el cual ordenó que dieran muerte de la manera más inhumana, con el pretexto de que estaban conspirando, á 600 nobles aztecas que se habían reunido en el patio del gran Teocalli para celebrar una fiesta religiosa.

Semejante conducta exaltó por modo tal la indignación y el deseo de venganza de los aztecas contra los españoles, que al día siguiente éstos se vieron acometidos por aquéllos con tal coraje, que les costó gran trabajo poder conservar su alojamiento. Tan sólo después que Motezuma, intimidado

por los españoles, hubo dirigido la palabra al pueblo conjurándole á que pensase en la seguridad personal de su monarca, depusieron los aztecas su furor, limitándose á sitiar fuertemente á los aborrecidos extranjeros. El hambre y la miseria reinaban entre los españoles; muchos de ellos habían muerto en el combate, y casi todos estaban heridos.

Tal era la situación cuando Cortés volvió á reunirse con sus compañeros. Motezuma fué á saludar al general y á darle la enhorabuena por su victoria sobre Narváez; pero éste no le escuchó, y el monarca volvióse tristemente á sus habitaciones.

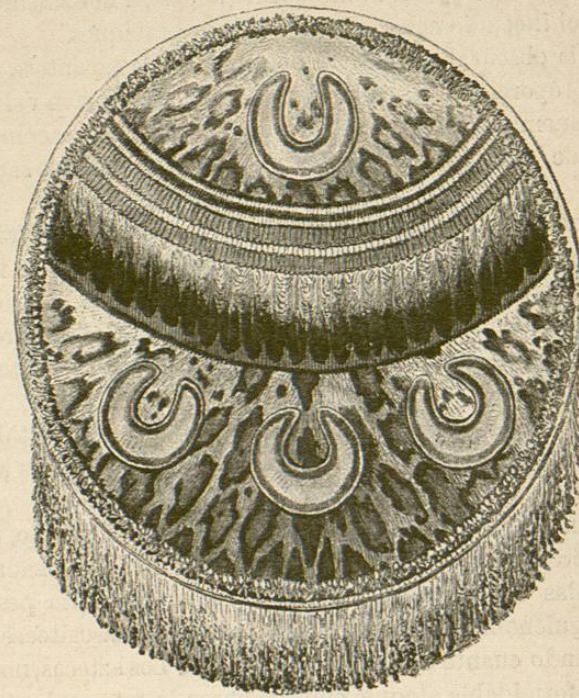
Por más que los habitantes de Tenochtitlán se habían retirado á la llegada del conquistador, el hambre y la miseria quedaron de guardia en el cuartel de los españoles. Las provisiones escaseaban por momentos, cosa que excitaba cada vez más la cólera de Cortés. En este estado de ánimo dejése arrastrar al extremo de inferir el mayor ultraje á Motezuma, rechazando una conferencia solicitada por el soberano azteca con estas rudas palabras: «¿Qué tengo yo que ver con ese perro de rey que nos deja perecer de hambre ante sus ojos!»

La noticia de este injurioso ultraje á su monarca propagóse con la rapidez del rayo por toda la ciudad, alzándose de nuevo los aztecas para vengar con la sangre de sus usurpadores la afrenta hecha á su emperador. No había transcurrido un cuarto de hora cuando un soldado gravemente herido llevó la noticia de que los indios se disponían á cortar los puentes de los diques, y que se acercaban en gran número para empezar nuevamente el ataque contra el alojamiento de los españoles.

Inmediatamente envió Cortés al capitán Díaz de Ordaz con algunos soldados de caballería y cuatrocientos hombres más para cerciorarse de la verdad de esta noticia; pero no bien habían andado un corto trecho, cuando fueron atacados por todas partes con tal furia, que en los primeros momentos cayeron muertos veinte soldados y quedaron heridos casi todos. Sólo á costa de supremos esfuerzos pudieron volver á su alojamiento.

Y entonces llegaron hasta los sitiados tan horribles gritos que hacían estremecer los corazones más valientes. Fieros aullidos, semejantes al bramido del huracán, llenaban el espacio; de todas las calles y casas salían guerreros armados dispuestos á la lucha, que con la rapidez del viento corrían á tomar posiciones en las terrazas de las casas. Al mismo tiempo, y á los gritos de *¡Dadnos á nuestro emperador, á nuestro Motezuma!*, acercábanse nutridas masas de guerreros cuyo número era imposible calcular, que se situaron ante las puertas del palacio habitado por los españoles. Y entonces empezó un terrible combate que duró sin interrupción hasta el anochecer. En vano hicieron los europeos los mayores esfuerzos

para dispersar al enemigo; en vano los diezmaban con sus disparos de mosquetes: los indios no cedían. A cientos caían los indígenas al pie de la muralla; pero sus compañeros pasaban sobre sus cadáveres sin preocuparse por la suerte que les esperaba. Si retrocedían algunos pasos era tan



Escudo de guerra de Motezuma (1)
(Dibujado por R. Cronau del original que se conserva en el Museo Nacional de México)

sólo para engañar á los españoles y renovar después el ataque con doblada energía; sus fuerzas parecían crecer en vez de disminuir. Algunos guerreros encanecidos en el combate, que habían prestado sus servicios en Italia, Francia y Oriente, juraban no haber presenciado jamás, ni aun entre los turcos, una carnicería semejante.

Indeciblemente tuvieron que sufrir los españoles bajo la lluvia de

(1) Este escudo fué regalado por Cortés al emperador Carlos V, y fué á parar más tarde al Museo de Viena, desde el cual lo llevó otra vez á México el desgraciado emperador Maximiliano en el año de 1865. El escudo está revestido de piel de leopardo y tiene cuatro adornos en forma de media luna de color encarnado muy bajo con los bordes carmín. La tira de plumas que se ve en el centro contiene los colores siguientes, colocados en el mismo orden en que los publicamos: carmín, azul pálido, rojo, verde oro, blanco ceniciento, rojo, zahonado, negro, zahonado y rojo.

azagayas y piedras que arrojaban contra ellos desde los terrados de las casas, en tal cantidad que pronto formaron un gran montón en el patio del palacio. Durante el combate incendióse un ala de éste, y entonces los españoles no sólo tenían que defenderse del terrible y fiero enemigo, sino también de las llamas y del humo que los ahogaba. Felizmente consiguieron sofocar el incendio echando abajo algunos tabiques.

Aunque la obscuridad de la noche puso fin á la espantosa mortandad, no por eso proporcionó descanso alguno. Sin interrupción volaban las flechas de los enemigos al campamento de los españoles, acompañadas de la amenaza de que todos, españoles y tlascaltecas, serían sacrificados á sus dioses.

Al amanecer reunió Cortés á sus guerreros, que se habían ellos mismos vendado de cualquier modo sus heridas, con el fin de intentar un gran ataque. Pero mientras ordenaba sus filas ya había vuelto á reunirse el enemigo en rededor del estandarte de los aztecas, que representaba á un águila con las alas extendidas que, posada sobre un cacto, devoraba una serpiente.

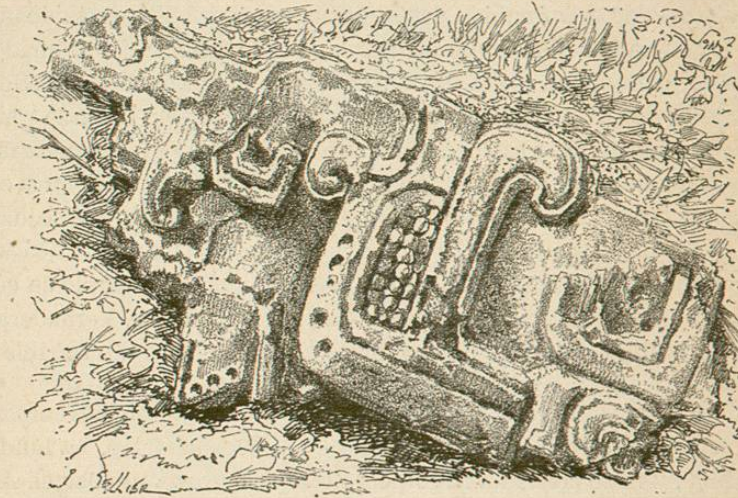
Sacerdotes de fantástico aspecto, envueltos en negras vestiduras y con flotantes cabelleras, discurrían entre las filas de los guerreros aztecas animándoles con ardientes palabras al combate.

Ya estaban los indígenas frente á las puertas del palacio, cuando de repente abriéronse éstas por orden de Cortés. Una granizada de balas diezmó las filas del enemigo, y detrás salió la caballería pesadamente acorazada, siguiéndola la infantería y los soldados tlascaltecas, pisoteando y destruyendo cuanto encontraban á su paso. Los aztecas, no pudiendo resistir á tan formidable ataque, emprendieron la fuga replegándose tras las barricadas que habían levantado para impedir que avanzasen los españoles.

Y no bien éstos emprendieron la retirada, cuando comenzaron de nuevo los ataques con tal ímpetu que los europeos tuvieron que considerarse muy felices de haber podido llegar á su alojamiento. Lo mismo que el día anterior sufrieron mucho los sitiados á consecuencia de la lluvia de piedras que sobre ellos caía desde los terrados de las casas y templos vecinos. Era de todo punto necesario procurarse algún medio de hacer desalojar las azoteas é inutilizar á los indios en ellas parapetados. Al efecto construyeron unas grandes torres de madera, las cuales torres conducían de un punto á otro 25 hombres que iban en su interior. Estaban provistas de aspilleras por las que podían apuntar los mosquetes, y tenían espacio suficiente para albergar cierto número de mosqueteros. Estos colosos de madera fueron transportados al día siguiente por los forzudos tlascaltecas hasta colocarlos enfrente de aquellas casas desde las que eran

más duramente atacados los españoles, y entonces desarrollóse de terraza á terraza el mismo furioso combate que había tenido lugar en las calles. Con indecible trabajo consiguieron los españoles desalojar al enemigo de algunos edificios, los cuales fueron incendiados y arrasados inmediatamente á fin de que no volvieran á servir de punto de defensa á los aztecas.

Pero con el tiempo fueron destruídas también aquellas torres con las violentas é incesantes pedradas de los indios, y hubo que abandonarlas.



Ornamentación de la torre de Comalcatlan

Completamente extenuados, y heridos la mayor parte, volvieron los españoles á su alojamiento, sin poder estar muy satisfechos del éxito del combate.

De este modo fluctuaba la balanza: cada día sufrían nuevas pérdidas los europeos, al paso que parecía crecer el número de sus enemigos por instantes. Reconociendo lo desesperado de su situación, decidió Cortés probar un nuevo ataque y apoderarse, si era posible, del gran Teocalli, en cuyas terrazas y plataforma habíanse situado 500 de los más valientes guerreros aztecas, que arrojaban incesantemente una lluvia de flechas y piedras sobre ellos. Para seguir los sitiados en posesión de su alojamiento era preciso apoderarse de aquel baluarte y desalojar de él al contrario. Por tres veces fracasó el asalto dado sobre el santuario, pero al fin consiguieron los españoles penetrar en el patio del templo, rodeado, como se recordará, de una muralla de serpientes. Estaba ocupado por 4,000 aztecas, contra los cuales mandó Cortés arremeter á la caballería. Pero los caba-

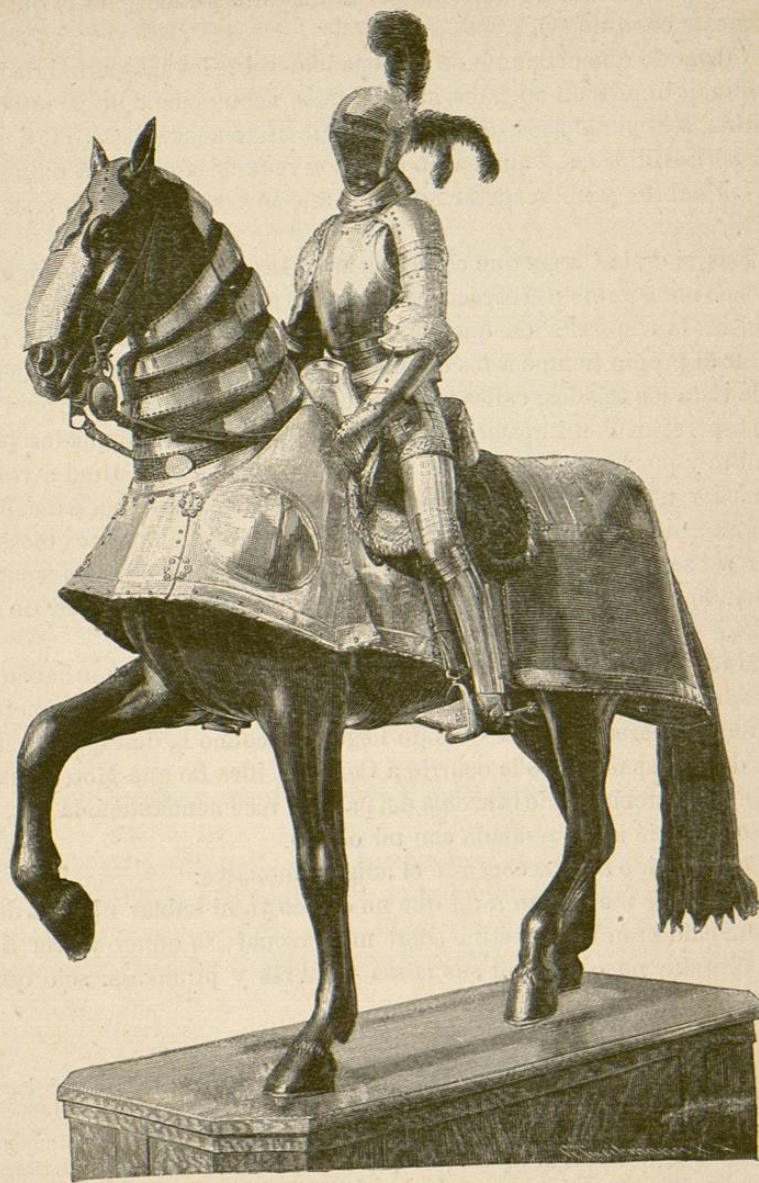
llos no pudieron guardar bien el equilibrio á causa de las resbaladizas baldosas de que estaba cubierto el suelo, y muchos jinetes cayeron, teniendo que ser transportados al cuartel. Entonces avanzaron las armas de fuego, y cuando salieron de sus bocas las pesadas balas, arrasando horriblemente las compactas filas del enemigo, retrocedió la guarnición azteca dejando á los que se hallaban en la plataforma del templo el cuidado de defenderse ellos mismos.

Cortés mandó cercar la formidable pirámide, y hecho esto se decidieron á subir los 140 peldaños de la escalera de la misma.

Al frente de todos subió Cortés. El día anterior había recibido una herida muy regular en la mano izquierda, por lo cual había ordenado que le atasen el escudo al brazo. De este modo conducía al combate á los más temerarios de sus capitanes y soldados. ¡Y qué horrible lucha se trabó entonces! Con atronador estruendo caían desde arriba pesadas piedras y vigas que mataban en gran número á los asaltantes ó destruían la escalera. A este espantoso estrépito mezclábanse el silbido de las flechas, los ayes de los heridos, el estertor de los moribundos y los gritos de los jefes animando al combate á sus soldados. Las escaleras del templo se convirtieron en un río de sangre, que descendía por los peldaños. Verdaderamente horrorizados esperaban unos y otros el desenlace de tan terrible hecatombe.

Al fin llegó Cortés con su gente á la plataforma, y entonces empezaron á luchar uno y otro bando con la furia de la desesperación. La huída era imposible, y ni se concedía ni se pedía tampoco gracia ni cuartel. Aquí y allá caían al profundo lago algunos combatientes que en el furor de la lucha habíanse acercado demasiado al borde de la plataforma, la cual no estaba resguardada por baranda alguna, ó eran arrojados violentamente desde ella abajo por sus enemigos. El mismo Cortés estuvo amenazado de sufrir esta suerte, y sólo con gran estuerzo pudo librarse de dos aztecas que le sujetaban y empujaban tratando de arrojarle desde la plataforma abajo. Reconociendo la intención de sus contrarios, y haciendo uso de todas sus fuerzas, consiguió librarse de sus agresores: traspasó al uno con la espada é hizo con el otro lo que éste había intentado hacer con él.

Tres horas duraba ya la espantosa carnicería, y cada vez era más débil la resistencia de los aztecas. Su número disminuía ostensiblemente á los golpes de espada de los acorazados españoles; por fin quedó terminada la sangrienta obra, y en señal de triunfo brillaban á lo lejos, como dos grandes antorchas, los pisos superiores de las dos torres, que eran de madera adornada con ricas esculturas. Entre gritos de triunfo arrancaron los españoles las estatuas de los ídolos y las arrojaron desde lo alto de la plataforma.



Armadura de Hernán Cortés
(Existente en la Armería Real de Madrid)

Este asalto del gran templo ha sido reproducido por varios pintores mexicanos en su más primitivo estilo.

Una de estas pinturas, hecha por el tlascalteca Lienzo, es la que encabeza este capítulo (1).

Creyendo que el triunfo de los españoles sobre los aztecas habría hecho profunda impresión en éstos, subió Cortés, acompañado de la intérprete Marina, á la plataforma de una casa, intimando á los aztecas que depusieran las hostilidades, y amenazándoles con reducir la ciudad á un montón de escombros y no respetar niños ni ancianos si se resistían á su mandato.

Mas si creía Cortés que con estas amenazas iba á conseguir algo, desconocía por completo el carácter guerrero de aquel pueblo. Mandáronle por sus jefes la respuesta de que estaban todos decididos á morir con tal de matar al propio tiempo á los españoles, y que mirase hasta donde alcanzaba la vista los tejados, calles y plazas de la ciudad, cubiertos de guerreros que esperaban con impaciencia el momento en que, extenuados por el hambre y por las enfermedades, cayeran en sus manos. «Mirad á vuestro alrededor, añadían; todos los puentes están cortados, no podéis escapar, y vuestra sangre correrá en sacrificio ante los altares de nuestros dioses.»

Y así seguía el combate con la misma furia un día y otro: los españoles luchando con la fuerza de la desesperación, los aztecas con sed de venganza.

Muchas de las gentes de Cortés, principalmente aquellas que habían ido con Narváez, maldecían el instante en que habían llegado á México, perdían la cabeza y parecían locos. Cuando llegó á su colmo la desesperada situación de los españoles se le ocurrió á Cortés la idea de que Motezuma hablase á su pueblo desde la azotea del palacio, recomendándole la paz, y al efecto le envió una embajada con tal objeto.

Con dolorido acento contestó el afligido monarca:

«¿Para qué me desean á mí que no quiero ya ni hablar ni vivir desde que ha caído tan fatal destino sobre mi persona? ¡No quiero volver á ver á Malintzín; no quiero oír sus falsas palabras y promesas: sólo quiero morir!»

(1) Las pinturas de Lienzo de Tlascala, hechas sobre papel de agave, y de las cuales reproducimos algunas en este capítulo, constituyen una valiosísima colección que se conserva en el archivo de la ciudad de Tlascala. Fué hecha en esta ciudad en tiempo de Cortés, como recuerdo de aquellas campañas en que estuvieron aliados los tlascaltecas con los españoles. Estas hojas, unidas en forma de libro, se dividen en tres grupos, de los cuales representa el primero todos los acontecimientos que tuvieron lugar hasta la toma de la ciudad de México, el segundo la expedición de Nuño de Guzmán á Sinaloa, y el tercero la conquista de Guatemala. Todas las pinturas están hechas según el

Y como por orden de Cortés volvieran cerca del monarca azteca, con la mayor amabilidad, el padre Olmedo y algunas personas principales, contestó: «Mi aparición no servirá de nada, y la guerra no terminará por esto. Los aztecas están decididos á no perdonar la vida á ninguno de vosotros. Todos encontraréis la muerte dentro de estos muros (1).»

Continuados ruegos y la promesa de que estaban dispuestos á abandonar la ciudad con tal de que se les dejara franco el camino decidieron por fin al monarca á interponer su mediación, y vestido con sus mejores galas de la dignidad real, dirigióse á la plataforma del palacio para mostrarse á su pueblo. Su aparición fué de maravilloso efecto para las huestes aztecas que rodeaban el palacio. En vez de los atronadores gritos de guerra reinó un silencio sepulcral, y todos se arrojaron á tierra para escuchar con el mayor respeto las palabras de su soberano.

Con amable y reposado acento pidió Motezuma á sus súbditos que depusieran las armas y suspendiesen el combate, pues los españoles estaban decididos á abandonar la ciudad tan pronto como mostraran franco el camino.

Una angustiosa pausa siguió á estas palabras, hasta que al fin cuatro jefes aztecas se acercaron al palacio y hablaron así: «¡Oh, señor y dueño! profundamente sentimos vuestro dolor. Mas sabed que hemos elevado al trono á Cuitlahuatzin, príncipe de Iztapalapan, y que, fieles á nuestras promesas hechas á los dioses, no podemos dar reposo á las armas hasta que hayan muerto todos los *Teules*. Diariamente hemos rogado á Huitzilopochtli que fuera puesto en libertad nuestro monarca; si sucede esto, todavía os reconoceremos y honraremos como soberano aún más que antes.»

Como contestara á esto Motezuma que no estaba prisionero y que se quedaba en medio de los españoles solamente porque éstos eran sus amigos, levantóse una tempestad de indignación; amargas frases de ironía cayeron sobre el desgraciado, y antes de que algunos españoles pudieran correr para cubrir con sus escudos al monarca, fué éste herido tan violentamente por tres pedradas y un flechazo, que cayó sin sentido.

característico estilo mexicano de aquella época, que tanto recuerda al del antiguo Egipto. Toda la colección se compone de unas sesenta á ochenta hojas, de las cuales conserva copias el Museo Nacional de la ciudad de México; mas estas copias, hechas el año de 1779 por Yáñez y Yáñez, han sido reproducidas libremente y están reunidas por orden en dos grandes tableros. Se comprende con facilidad que la colección debida á los aliados de los españoles es de extraordinario valor para la historia de la conquista de México, mucho más por no haber ninguna pintura sobre este asunto hecha por artistas españoles de aquella época.

(1) Díaz del Castillo, tomo II, pág. 329.